

DE FIGURIS VENERIS

Las tareas de Venus se pueden llevar a cabo con la polla o sin ella. Si es con la polla, la clave de todo el placer está en su fricción, que se puede conseguir con el coño, el culo, la boca, la mano u otras cavidades del cuerpo; si es sin la polla, se puede penetrar el coño con la lengua, el clítoris o con cualquier artilugio que imite el miembro masculino.

CAPÍTULO I

LA JODIENDA

Vamos a ver en primer lugar cómo se lleva a cabo el acto mediante la introducción de la polla en el coño, lo que se designa propiamente con el verbo «follar». Hay muchas formas de follar. Y es que se puede echar un polvo estando el hombre decúbiteo prono con la mujer en decúbiteo supino, o el hombre decúbiteo supino con la mujer en decúbiteo prono, o el hombre decúbiteo supino con la mujer sobre él de espaldas, o el hombre sentado con la mujer de frente, o el hombre sentado con ella de espaldas, o el hombre de pie y la mujer de frente o el hombre de pie con ella de espaldas. Las voy a explicar ahora una por una.

La posición del hombre decúbiteo prono con la mujer en decúbiteo supino es el modo habitual y además el que más se adapta a la naturaleza; cf. Luisa Sigea, pp. 322-323:

Desde luego yo alabo la postura habitual para hacer el amor en la que el hombre está sobre la mujer tumbada boca arriba, esa en la que se junta pecho con pecho, vientre con vientre y se frota un pubis contra otro mientras la vara enhiesta penetra la tierna hendidura. ¿Hay alguna posición más placentera que la de la mujer que tumbada boca arriba siente el tierno peso del cuerpo de su amante y le incita con los impetuosos arrebatos de su inagotable pero delicada pasión? ¿Hay algo más agradable que recrearse en el rostro del amante, en sus besos, sus jadeos y en la pasión de su fogosa mirada? ¿Qué hay mejor que alentar su amor con abrazos y caricias que no han debilitado la edad ni enfermedad alguna? ¿Hay algo que aumente más la pasión y el disfrute de ambos que menearse y retorcerse con buenas sacudidas? ¿Hay algo mejor si estás muriendo de placer que renacer con las fuerzas renovadas que te dan unos

besos calientes? Si lo haces de espaldas, disfrutarás solo de una manera; si lo haces de frente, de todas.

El maestro de los amores aconseja esta posición sobre todo a las chicas guapas; cf. *Arte de amar* 3,771-773:

Cada mujer debe conocerse a sí misma: asume una posición determinada según tu cuerpo. La misma posición no conviene a todas por igual; si tienes una cara bonita, tumbate boca arriba.

Pero no existe una manera única de llevar a cabo esta posición, porque el jinete puede recibir entre sus piernas a la mujer en decúbito supino o la mujer en decúbito prono al jinete y además la posición se puede modificar para que ella en decúbito supino abra las piernas o las levante por encima de él.

Esta es la posición que Caviceo sugirió a Octavia: la mujer en decúbito supino con las piernas abiertas; cf. Luisa Sigea, p. 124:

No quiero que menees el culo ni imites mis empellones. No quiero que levantes las piernas, ni las dos a la vez ni una tras otra, cuando vaya a montar sobre ti. Lo que quiero es esto: primero, separa las piernas y ábrelas todo lo que puedas. Enséñame el coño para que mi polla pueda atravesártelo, y no se te ocurra moverte hasta que me haya corrido. Quiero que cuentes todas mis sacudidas, pero cuidado con equivocarte.

¿Quieres verlo? Abre el capítulo 25 de la segunda parte de la novela francesa *Felicia o mis calaveradas* y podrás disfrutar del grabado que lo ilustra. Por otra parte, Calias colocó a Tulia en posición decúbito supino con las piernas levantadas; cf. Luisa Sigea, pp. 68-69:

Rodéame con los brazos cuando me lance sobre ese pecho adorable. No se te ocurra soltar los brazos. Sube las piernas lo más alto que puedas hasta que te toques esas nalgas deslumbrantes con los talones.

Si un hombre desea penetrar a una mujer que está en decúbito supino y tiene las piernas levantadas, lo puede hacer también en una

posición diferente a la de Tulia. Puede incluso que le dé más placer colocar a su amiguita en decúbito supino, pero con las piernas levantadas y cruzadas sobre los riñones de su jinete. Esta posición, que podría levantarle la entrepierna a cualquiera, incluso al mismísimo Hipólito, ilustra el capítulo 25 de la parte IV de la mencionada *Felicia*. También tiene su gracia la representación de esta misma postura que aparece poco antes en el capítulo 21. Tengo la impresión de que Dóride adoptó esta misma posición, según el epigrama de Sosípatro; cf. Brunck, *Analecta* I, p. 504:

Cuando coloqué a Dóride tumbada sobre sus rosadas nalgas, me sentí inmortal en mi vigor juvenil. Pues ella me rodeó por la mitad con sus deliciosas piernas y recorrió sin vacilar el camino del amor.

La aparición del término *tumbada* indica claramente que Dóride no cabalgaba sobre su amante: estaba tumbada y rodeaba al jinete con sus piernas.

Pero también puede ser que una tercera persona levante las piernas de la mujer que está en decúbito supino. Así lo hacen Luis y Tulia con la colaboración de Fabricio; cf. Luisa Sigea, pp. 248-249:

–Mira, acaban de llegar Luis y Fabricio a toda velocidad –dijo.

–Levanta las piernas –dijo Fabricio– apuntándome con su espada.

Las levanto; entonces se lanza sobre mi pecho y mete su espada en mi herida incurable. Luis me levantó ambas piernas y puso su mano bajo mis corvas. Comenzó entonces a menear mi espalda sin que yo tuviera que hacer nada. ¡Curiosa forma de hacerlo con este extravagante movimiento! Le dije que me corría, pero, nada más decirlo, se desbordó la espuma de Venus y sofocó el incendio¹.

¹ Sabemos por los versos 889-890 de la Paz de Aristófanes que en su época esta técnica no era desconocida: *Daos prisa por levantar sus piernas e inmolar la víctima*. Cf. también Aves, 1254: *En cuanto a ti, su mensajero, si me molestas, comenzaré por meterme entre tus muslos*.

Con las piernas elevadas, no sé si lo hacía ella misma o le ayudaba alguien, se entregó Leda a su indulgente marido por prescripción médica; cf. Marcial, 11,72:

Leda le había dicho al vejstorio de su marido que padecía de histeria y se quejaba porque necesitaba que la follara. Afirma entre llantos y lamentos que su salud no vale tanto y que antes prefiere morir. Su marido le pide que siga viviendo, que no desperdicie sus años fértiles y él mismo permite que se haga lo que él ya no hace. Al instante aparecen los médicos, las enfermeras se van y se le levantan las piernas: ¡medicina de urgencia!

El hombre decúbiteo prono también lo puede hacer con una mujer en decúbiteo semisupino, o tumbada de lado sea en la cama sea en una silla, o apoyada de costado. Y desde luego Ovidio recomienda tumbarse de lado en la cama a las mujeres de muslos juveniles y de pechos perfectos; cf. *Arte de amar* 3,781-782:

Si tienes unos muslos juveniles y unos pechos perfectos, tumbate siempre de lado en la cama².

Luisa Sigea describió a su manera, con gracia y salero, el coito entre un hombre decúbiteo prono con una mujer tumbada de lado sobre una silla; cf. pp. 102-105:

Caviceo se me acerca alegre y presuroso (está hablando Octavia). Me quita la ropa y planta su mano procaz en mis partes. Entonces me manda sentar. Mientras me siento, coloca una silla bajo mis pies para que, teniendo las piernas más en alto, la puerta de mi jardín se abriera completamente a sus anhelados empellones. Sin embargo, deslizó su mano derecha bajo mis nalgas y me acercó un poco más hacia él. Con la izquierda se sujetaba la gruesa lanza. Entonces se echó sobre mí. Acercó su ariete a mis agujeros, a la parte exterior de mi rajita, separó labios con los dedos y me introdujo el capullo. Lo dejó ahí clavado y no intentó nada más.

² En otros libros aparece otra posición: *El hombre de pie con la mujer tumbada en posición perpendicular.*

–Octavia, mi amor –me dijo–, abrázame, levanta la pierna derecha y pónmela en la espalda.

–No entiendo qué quieres –le dije.

Entonces él mismo cogió mi pierna con su mano y la puso sobre su espalda donde él quería. Por fin, empujó su polla hacia el objetivo; al principio con una ligera sacudida, después mucho más fuerte y, al final, con un meneo tal que me dio hasta miedo. La tenía dura como un cuerno. Arremetía con tanta fuerza que le tuve que decir que me estaba destrozando. Detuvo la faena un momento.

–Calla, amorcito, cariño –dijo– es así como hay que hacerlo: tú aguanta sin moverte.

De nuevo me acercó hacia él cogiéndome de las nalgas cuando pensó que pretendía escaparme. Y sin perder tiempo, me castigó con tales sacudidas que casi me desmayo. Con un movimiento rápido me clavó el asta y me metió toda la lanza en lo más profundo de mi herida. Yo pego un grito. Caviceo destiló el fluido de Venus. Me sentí rociada por una lluvia caliente. Cuando Caviceo estaba a punto de desfallecer, me vinieron unos espasmos de placer como si quisiera hacer pis. Entonces levanté mis nalgas hacia un lado y al instante sentí cómo salía de mí algo que me producía un placer inmenso en esa parte. Se me cerraron los ojos, se me aceleró el pulso, me ardía el rostro y todo mi cuerpo se derretía.

–¡Ah, ah, ah! ¡Me desmayo, Caviceo! –exclamo– ¡Ayúdame que me voy!

Por último, Nasón cree que es muy sencillo y requiere poco esfuerzo el coito con una mujer tumbada semisupina de medio lado, siempre que sea el derecho; cf. *Arte de amar* 3,787-788:

Son miles las posturas para hacer el amor; es sencillo y requiere poco esfuerzo cuando la mujer está medio tumbada sobre el lado derecho.

Recomienda esta posición especialmente a las mujeres más esbeltas; cf. 3,779-780:

Ponte de rodillas, con la cabeza un poco hacia atrás, si destacas por tu esbelto perfil.

Es así como parece que se follaban a Fílilde; cf. Marcial 10,81:

Apenas llegaron dos tíos al amanecer para follar con Fílida y ambos con intención de ser el primero en poseerla desnuda, ella les prometió entregarse a la vez a ambos y se lo concedió. Uno le levantó la pierna, el otro la túnica.

La cosa es que uno se la follaba levantándole la pierna mientras estaba echada semisupina de medio lado y el otro le daba por el culo levantándole la túnica.

Pasemos ahora a la posición en la que el hombre en decúbito supino lo hace con la mujer en decúbito prono. Aquí se intercambian los papeles: la mujer hace de jinete, el hombre de caballo. Esta posición se llama «el caballo de Héctor» por esos versos de Marcial; cf. 11,105:

Se masturbaban los esclavos frigios detrás de la puerta cada vez que su esposa montaba sobre Héctor.

Ovidio, no obstante, dice claramente que Andrómaca renegaba de esta posición o que podía no gustarle siendo tan alta como era; la posición del caballo es más adecuada para mujeres pequeñas:

Monta a caballo si eres pequeña; la esposa de Tebas nunca montaba a caballo sobre Héctor porque era muy alta.

No tengo la menor intención de discutir sobre el tema.

No hay duda de que Sempronia lo hizo en esta posición con Crisógono; cf. Luisa Sigea, III, p. 69:

Crisógono, nervioso por la demora, dijo:

—Ahora que te has desnudado, Sempronia, cariño, ponte en esa posición en la que sabes que me vuelvo loco.

Él se colocó boca arriba y ella se sentó mirándole de frente. Se abrió de piernas y dirigió con sus propias manos la flecha candente dentro de sí.

Esta misma postura, según Horacio (cf. *Sátiras* 2,7,50), es la que le ordenaba adoptar aquel esclavo a esa putilla: *Desnuda a la luz de unas velas, la guarra me espoleó con sus nalgas como a un caballo cuando me tenía tumbado boca arriba*. Sin embargo, no le gustaba esta postura a

la matrona que en esta misma *Sátira* (cf. v. 64) *no peca poniéndose ella encima*, y es que cada mujer disfruta en una posición diferente.

Tampoco parece que le gustara mucho a esa mujer que Jantias había convencido para que lo montara; cf. Aristófanes, *Avispas* 499. Con un enfado tremendo le pregunta si va a restaurar la tiranía de Hipias haciendo un juego de palabras con el nombre: *Cuando le pedí que me montara se enfadó conmigo y me preguntó si quería restablecer la tiranía de Hipias*. También se refiere a esta posición el verso 678 de *Lisístrata* donde el experto en sexualidad femenina dice que las mujeres sirven igualmente para montar a caballo y ser llevadas en un carro: *Pues la mujer es la criatura más adecuada para montar y sostenerse encima*. No menos correcta es la referencia a aquellas mujeres que en el verso 60 de esta misma comedia: *Han pasado montadas en las barcas*, pues la palabra griega que traducimos por barca también significa caballo. A Plangón, personaje femenino de un epigrama de Asclepiades de Samos, le gustaba también esta misma posición; cf. Brunck, *Analecta* 1, p. 217: *Venció en la carrera a la ardiente Filénide, mientras sus corceles de Hesperia relinchaban bajo sus riendas*. Plangón era una experta en exhibir en la palestra muchas más formas de montar que la misma Filénide, inventora de innumerables formas de placer. En este epigrama le agradece a Venus haber puesto a su servicio a unos chicos de Hesperia, a los que había colocado en decúbito supino bajo su cuerpo, y que no se fueran cachondos porque sus pollas ya no daban para más. Hacerlo con hombres en decúbito supino era también costumbre de Lisídica, a la que no había manera de agotar en el campo del amor; en el epigrama siguiente, Asclepiades dice de ella que: *Muchas veces ha montado a caballo, pero sus muslos, que se mueven con soltura, no han sangrado nunca*. Le consagran a Venus el látigo, las bridas y la espuela para reivindicar que esa posición era su preferida cuando lo hacían: mejor montar que ser montadas. No se puede decir más claro.

Y es así precisamente como Fotis consiguió saciar a su querido Lucio: meneándose encima de él; cf. Apuleyo, *Metamorfosis* 2, p. 122:

Mientras hablaba, se subió a la cama y se sentó sobre mí, comenzó a rebotar una y otra vez sacudiendo rápidamente su espalda de contorsionista con movimientos eróticos. Me sació con los frutos de sus meneos, hasta que nues-